

Me veo forzado a dejar por escrito lo que sucedió aquel fatídico día. Mi mente forcejeó durante semanas con la sensatez más objetiva, buscando motivos, razones, explicaciones, un simple incentivo de que aquello no fue obra del más maquiavélico demonio ni fruto de una locura oculta en forma de visiones y episodios fantasmagóricos. Una lucha invisible e irreconocible entre mis cinco sentidos, que hasta ese entonces no habían mostrado ningún signo de desacierto ni inexactitud, y la lógica, en concordancia con la más severa prudencia, que querían achacar el suceso a un fallo o desliz sensorial, causado por factores externos e incomprensibles. Durante días, este dualismo se había apaciguado por el dominio de la fuerza sensata, buscando en la sabiduría y el conocimiento las respuestas que yo ansiaba. Sin embargo, un ápice de mi 'yo' interior dormía intranquilo, las respuestas que la lógica y la cordura me ofrecían me sabían amargas, incompletas y, en los casos más extremos, incongruentes. El dominio de la fuerza ignorante, la que no conoce ni comprende, me ha llevado a realizar este escrito. No busco respuestas de aquellos que jamás serán capaces de sentir, vivir ni experimentar una emoción parecida a la que sentí, viví y experimenté aquel día. Mi objetivo es, dando por hecho que lo que sucedió fue real y no un mero espectáculo de sombras fatales, encontrar la paz que tantos días llevo clamando. Encontrar reposo en el desahogo y descansar de los laberintos mentales, basados en especulaciones y creencias inverosímiles, que mi mente ha creado con el único fin de atormentar y ahuyentar a todo pensamiento alejado de la más extrema locura. Dicho esto, y dejando claras mis intenciones que no son más que pura desesperación e intranquilidad, no me resisto a iniciar la narración de los hechos que han desembocado en mi estado actual de irracionalidad y delirio.

Comenzaré diciendo que mi nombre es Amón y, por el momento, mantendré mi apellido en secreto. Siempre me he considerado un hombre sosegado y sagaz. Una persona cuya presencia ha sido evitada a toda costa por embaucadores y timadores, pues en todo el pueblo es conocida mi personalidad, ligada al inconformismo más radical y a la crítica más bizarra al escepticismo. Y, puesto que mi presencia no es relevante en los hechos que acontecieron, cesaré aquí mi descripción y daré paso al asunto en cuestión.

El cementerio del pueblo es un terreno llano, dividido en tres secciones, interconectadas por un pasillo angosto y extremadamente largo. Las paredes que delimitan el cementerio con el exterior, construidas a partir de granito y mármol, se imponen predominantemente sobre el visitante. Las tres secciones se clasifican de manera notoria y obvia. La primera, llena de pequeñas lápidas de piedra y algunas losas resquebrajadas, pertenece a la población más pobre. La segunda, paralela a la entrada, pertenece a la clase media, principalmente a la media baja, aquellas personas pobres, en comparación con las clases superiores, pero lo suficientemente ricas como para permitirse tumbas más elaboradas e incluso algunos sepulcros de piedra, sencillos y, normalmente, decorados con motivos religiosos. Y la última sección, la más alejada, pertenece a la clase alta, un grupo muy selecto de pueblerinos que amasan grandes fortunas y que son capaces de permitirse auténticos mausoleos y sepulcros, con prominentes y llamativas estatuas que representan la muerte, la juventud pasada, símbolos religiosos... Normalmente, las personas ricas abandonan el pueblo, con la excusa de que su estancia en un lugar tan inhóspito y alejado de toda industria desarrollada no les permite aumentar sus riquezas y beneficios, y vuelven al cabo de los años, embutidas en ataúdes solemnes y siniestros, con el único fin de ser enterrados aquí; su pueblo natal.

Aquella noche, aproximadamente sobre las 22:17, me encontraba trabajando, como de costumbre. Mi oficio consiste en pasar largas horas cuidando del cementerio del pueblo; limpiando las lápidas y sepulcros y asegurando que los vándalos más inquietantes, que encuentran la profanación de tumbas como un pasatiempo y, en algunos casos, como un medio para alcanzar el placer, no se encuentren merodeando por los alrededores, esperando a algún desliz o despiste mío para colarse en el interior e iniciar así sus gamberradas, relacionadas en múltiples ocasiones con lo soez y lo escatológico. El ambiente de aquella noche era inquietantemente silencioso, a la par que tétrico. Me hallaba recorriendo los estrechos pasillos de la sección más rica, un verdadero placer visual que pocas veces pasa desapercibido por los visitantes. Me disponía a abandonar mi posición y encaminarme hacia la entrada, hasta que me percaté de una presencia

cerca de mí. Escruté la figura con cierto temor pues, debido a la oscuridad causada por las débiles luces de los farolillos del lugar, no podía reconocer con claridad de qué se trataba. Di unos pasos, intentando evitar cualquier tipo de reacción por parte de la sombra. Miles de posibles opciones y posibilidades atravesaron mi cerebro, provocando que diminutas y espontáneas gotas de sudor mojaran mi frente en segundos. La idea que más me perturbaba era la de un sádico profanador de tumbas que, aprovechando la noche más negra y fría del año, hubiera venido en busca de un entretenimiento, grotesco cuanto menos. Lo que hacía erizar mi piel era la idea de que, siendo una persona capaz de visitar cementerios y destrozar el descanso de cientos de muertos sin un solo ápice de remordimiento, fuera capaz de ocasionarme daños físicos con tal de continuar con su labor en paz. Sin embargo, todas mis dudas fueron disipadas en cuanto el extraño personaje se giró. No fue un movimiento brusco ni agresivo, más bien fue una acción tímida y piadosa, como queriendo evitar llamar la atención. Fue entonces cuando me percaté de la realidad: una mujer, anciana, se postraba cuidadosamente delante de un sepulcro, pequeño en comparación con el resto de mausoleos que se encontraban a su alrededor. La mujer se levantó cautelosamente y pude apreciar con exactitud su complexión, caracterizada por una baja estatura, pelo blanco y una tez pálida rozando lo fantasmagórico. Me acerqué con cuidado, pues no quería interponerme ni interrumpir su tarea. La vestimenta de la señora, un largo e imponente abrigo negro, se deslizó con escasa velocidad. Se apartó de la tumba y se situó a un lado del sepulcro. Un ambiente siniestro e inquietante invadía la situación. Me acerqué a la dama y le deseé una buena noche. No hice más preguntas, no curioseé sobre la mujer ni quise investigar sobre sus motivos para visitar el cementerio a una hora tan peligrosa e indebida. Sin embargo, y, haciendo que mi retirada del lugar fuera parada instantáneamente, la mujer comenzó a hablar. Fue una voz débil, rota, indecisa. Sonidos estrambóticos y rasgados, parecidos a susurros. Sonidos que, a pesar de la lentitud y la dejadez en su tono, hicieron que me sintiera atraído a escuchar atentamente las palabras que aquella extraña anciana quisiera decir. Me giré despacio mientras la señora iniciaba la conversación. Una vez me hallé completamente frente a frente con ella, pude prestar atención en los detalles más significativos de la señora: unos ojos azulados, levemente apagados por el paso del tiempo, una frente acartonada, unos labios rasgados, pintados de un potente color rojo rubí...

“Era un buen hombre... Siempre tan elegante... Le gustaban las noches así; frías, desoladas, trágicas... Judas O’Murphy era, es, un buen hombre. Imponente, serio, tético. En el fondo era buena persona, créeme, por eso me casé con él. En nuestros inicios siempre me colmaba con flores, bombones, detalles minuciosamente elegidos para atraerme más y más hacia él. Judas O’Murphy sabía cómo tratar a una dama, como tratarme a mí. Me enamoré de su actitud arisca, de sus ojos negros como la noche, de cada ramo de rosas que me traía a diario a la puerta de mi casa. Era un hombre detallista, sí, siempre atento a mis necesidades y brindándome todo tipo de lujos y caprichos. Fui feliz a su lado, sí, no había día que no agradeciera a cada deidad existente por haber conocido a Judas O’Murphy. Pero al igual que la apetecible y somnolienta primavera da lugar al invierno, frío y embustero, el amor se marchitó como se marchitaron las rosas que me regalaba. Solo un culpable encuentro en esta trama, un traicionero y destructivo culpable que provocó la mayor desgracia que jamás le había acontecido a Judas O’Murphy. Maldigo el día en que decidió probar aquel brebaje, fruto del diablo más atroz, bebida de mendigos y déspotas, líquido de desgracias. El alcohol invadió cada milímetro de piel de mi pobre marido. La adicción se convirtió en un personaje más de nuestro matrimonio, siempre latente, siempre predispuesto. Cada noche, sí, cada noche volvía embriagado por el sucio efecto del alcohol. El alcohol asesinó cruelmente a mi marido, para dar lugar a un hombre maligno, violento, privado de toda emoción que no fuese la inhumanidad ni la sevicia. Al principio solo volvía frustrado, enojado consigo mismo. Me gritaba de manera agresiva y solemne, pero nada más. Él no tenía la culpa de pagar todo su sufrimiento conmigo, yo nunca le culpe a él, porque sabía que aquel hombre, maltratador e iracundo, no era mi marido, no. Hasta que, un día, como si de un augurio se tratase, nada más regresar a la casa, llegó hasta mí y, de manera inconsciente e injusta, me levantó la mano en señal amenazante. No llego a rozarme y yo decidí ignorar aquel episodio. Necia de mí, que no quise ver las señales. Joven, entiéndalo, era una muchacha enamorada y boba, no quise

abrir los ojos. Pero este episodio solo fue el inicio. Aquella mano, en un principio inocente, acabó golpeando mi cara con la velocidad con la que una bala atraviesa el cráneo de un suicida. Los episodios violentos se repitieron, cada noche, sí, cada noche. Unos eran causados por los efectos enfermizos del vodka y otros, por los delirios característicos del whisky más fuerte. A día de hoy sigo sin culpar a Judas O'Murphy de lo sucedido. Sus impulsos eran causados por un hombre distinto, un borracho empedernido, violento y desagradable. El hombre con el que me casé no era él. Cada día me despertaba al lado de Judas O'Murphy pero, muy a mi pesar, me acostaba al lado de un hombre impetuoso y cruel, que, bajo el disfraz de mi marido, cometía los actos más mezquinos y rastreros, cuya víctima siempre era yo."

La mujer calló durante unos minutos. Unos escalofríos recorrieron mi espalda sinuosamente. El silencio que se había originado en aquel lugar era, cuanto menos, pavoroso. Era un silencio muy particular, una mezcla perfecta entre calma e intranquilidad, comodidad y angustia. Pude percatarme de que la mujer no había dejado de mirar a la luna desde que había empezado a hablar, y, en el momento en el que yo seguí su mirada en dirección al astro, etéreo y sublime, continuó su relato. Esta vez era un tono mucho más imponente, más elevado. Los susurros habían evolucionado hacia un discurso mucho más claro y decidido.

"Maldigo al espíritu vengativo, al rencoroso y al resentido. Maldigo a todos esos espíritus que, cada día, golpe a golpe, iban invadiendo mi mente. Al principio como leves e inexactos pensamientos, totalmente ajenos a mí. Pero con el paso del tiempo todos esos pensamientos se intensificaron, me arrastraron a un estado de aborrecimiento y odio absoluto. Mi mente dejó de funcionar por sí misma, no era más que un títere de las ideas más rastreras y malignas. Joven, entiéndame, no era más que una víctima; víctima por parte de mi marido, vil y belicoso, y víctima, sí, víctima de la venganza, del rencor y del resentimiento. Más de nueve años fui víctima de los castigos corporales más violentos, víctima del borracho, iluso y desprovisto de conciencia, que cada noche ahogaba sus penurias y tragedias en mi cuerpo, víctima de mí misma, de mis pensamientos irracionales y sociópatas, de unas ideas atroces y excesivas, protagonizadas por los actos más desagradables y sanguinarios jamás imaginados. Más de nueve años fui víctima, hasta que me convertí en verdugo.

Una noche, aproximadamente invierno, sí, mientras mi marido, incauto de él, bebía cantidades insalubres de alcohol en algún bar de la zona, me dispuse a preparar su dulce y trágico final. La sed de venganza había eliminado cualquier ápice de comprensión, cariño y empatía que alguna vez, en tiempos ya lejanos y difusos, hube sentido por aquel hombre. Judas O'Murphy volvió a casa, ebrio e ignorante de su destino. Me buscó por cada habitación, intentando llamar mi atención mediante alaridos ensordecedores. Su voz, grave, rasgada, llena de un odio desmesurado, casi mortal, llegó a mí y, por un segundo, dudé de mis asesinas intenciones. Pero me recompuse enseguida, en el momento perfecto en el que él se sentó en la cocina, frente a la mesa, como esperando mi inocente llegada. Oía su respiración, agitada y desigual, llena de rabia e inconformismo. Los siguientes segundos fueron decisivos para mi plan, todo dependía de ese preciso momento. Pero cayó en mi trampa, sí, cayó. Vio el vaso que había encima de la mesa, un vaso inocente y común. Un vaso que, en un principio, simulaba a la perfección una simple jarra de agua pero que, sin embargo, contenía uno de los venenos más conocidos y mortales. Se lo bebió bruscamente y estalló el vaso contra el suelo, provocando que miles de cristales rebotaran por toda la sala. Los síntomas llegaron enseguida. Primero, una mueca de repugnancia, se había dado cuenta de que aquel vaso no contenía un líquido común. Seguidamente, se levantó terriblemente mareado, intentando apoyarse en la silla, que, sin poder aguantar el peso del pobre hombre, se desplomó contra el suelo, provocando que Judas O'Murphy cayera con ella. Pude intuir cómo las alucinaciones se empezaban a producir en su cabeza, producto del veneno que había consumido. Esperé escasos minutos, dando tiempo a que su realidad se distorsionara lo suficiente como para no diferenciar invención y realidad. Llegado el momento, deseado y deleitado momento, salí de mi escondrijo. Empezó a balbucear mi nombre: <<Estela... Estela... ayúdame por Dios... ¿Dónde estás, esposa mía?>>. Su voz se había transformado en un llanto lastimero y penoso. Me acerqué a él, saboreando cada segundo, disfrutando cada lamento que salía por su boca, deleitando cada súplica, cada ruego, cada imploración. Alargué mi mano, lo justo para que pudiera

agarrarse a mí. Intentó empujarme para que cayera con él, pero, conociendo al hombre que tenía delante incluso mejor que a mí misma, me adelanté a sus intenciones y le clavé un cuchillo en la mano. Soltó un alarido desagradable, lleno de dolor y pesadumbre. Saqué el cuchillo de su carne, la sangre empezó a brotar, abundante y fresca, cayendo sobre él, sobre mí, sobre el suelo. Intentó levantar su otra mano, la mano que tantas veces había impactado en mi piel, la mano que, en forma de puño, tantas veces me había provocado permanentes contusiones y hematomas. La rabia y el rencor se apoderaron de mí y volví a clavar mi cuchillo, esta vez en su otra mano. Judas O'Murphy empezó a gritar. Al principio, fueron llantos desconsolados y, más adelante, evolucionaron a maldiciones e improperios, llenas de odio y dureza. Me maldijo a mí, a mi familia, maldijo a los dioses, al día, a la noche... Con cada lamento, mi rabia se iba transformando en satisfacción y cada puñalada se convertía en placer. Sus ojos, coléricos y sorprendidos, se encontraron con los míos, pletóricos, y pude ver cómo la desesperación y el pánico invadía su alma por completo. A la cuarta puñalada, dejó de forcejear y se rindió ante los letales y mortíferos golpes del cuchillo. A la sexta, sus ojos dejaron de buscar los míos y sus labios dejaron de formular incomprensibles e inútiles ruegos. Mi vestido, en un inicio azul verdoso con detalles florales, se transformó en una manta sangrienta y maloliente. Pero mi felicidad era ilimitada. Cada estocada, cada herida, cada grito, no hacían más que incrementar mi sed de venganza. Me divertía, joven, por primera vez en más de nueve años, me estaba divirtiendo. Seguramente con la séptima puñalada mi marido se convirtió en un cuerpo inmóvil e inerte, pero yo continué, no quería acabar, quería más. El cuchillo se movía, ligero y veloz, al mismo compás que yo. Sí, joven, puedo asegurar que más de cuarenta cuchilladas fueron metidas esa noche. Te juro, joven, que, si existe el Paraíso, yo ya lo alcancé aquella noche.

Cuando me di por satisfecha, me tumbé al lado de mi marido, bueno, de su ensangrentado y deformado cadáver. Le cogí de la mano, algo fría, y la apreté con fuerza. Las próximas horas estuvieron reinadas por un silencio absoluto. Un silencio agradable y cómodo. Me sentía en paz conmigo misma, sabía que había hecho lo correcto. Mi marido ya había muerto la primera vez que probó el alcohol, yo solo acabé con el borracho violento y psicópata que se hacía pasar por Judas O'Murphy. Me dormí en aquella posición, con una sensación... Joven, no existen suficientes palabras que logren expresar cómo me sentí aquella noche. Amaba a mi marido, joven, lo amaba desde la primera vez que lo vi, lo amaba aquella noche y lo sigo amando a día de hoy. Nunca dejé de amar a Judas O'Murphy, joven, eso no lo dude. El amor es sacrificio, joven, no podía seguir viendo a mi marido pudrirse y morir lentamente bajo litros y litros de alcohol; sacrifiqué nuestra relación, mi cordura, mi inocencia, su propia vida. El amor es sacrificio, joven."

Dicho esto, se alejó, caminando lentamente por los pasillos del cementerio hasta desaparecer en la oscuridad de la noche. Me sentí confuso, aterrado y, sin saber muy bien porqué, conmovido. Un silencio, únicamente roto por los grillos silvestres y por el movimiento excéntrico de las copas de los árboles, invadió todo el lugar. Oía mi respiración, agitada y desigual. Oía el latido de mi corazón, que bombeaba a gran velocidad como si de la maquinaria de un tren se tratara. Sin embargo, lo más desconcertante no fue la confesión de la anciana. Unos minutos después, cuando ya estaba medianamente en condiciones de emprender mi marcha, me paré unos segundos ante la tumba del pobre hombre. "Aquí descansa Judas O'Murphy, buen hombre, buen hijo y buen esposo. Siempre será recordado como un hombre de gran corazón". Segundos después, inconscientemente, mi vista se dirigió a la tumba contigua y, en cuanto leí la descripción, mi cuerpo se congeló y un frío helador empezó a rodear toda la estancia. Unas lágrimas empezaron a empañar mi cara y la respiración se me paró en seco. "Estela O'Murphy, buena mujer, buena hija y buena esposa. Enterrada al lado de su marido en señal del amor ciego que la empujó a suicidarse tan solo 4 años después a la muerte de su marido".